

supo tomar una resolución enérgica para desembarazarse de los que le rodeaban por todos lados. Así al amanecer Augereau, que por la noche había sido reforzado con siete mil hombres de los de Massena, pudo ya estar seguro de poder contenerle, pero Bonaparte hizo romper el fuego al cuerpo de Massena. Para correr á este ataque descubrió Wurmser su izquierda que atacó en aquel momento el segundo de Augereau, Kilmaine, en el momento mismo en que Serurier se presentaba á espaldas de Wurmser. Inevitable la retirada no dió la orden, sin embargo,

hasta el último momento y á poco le vino que Massena no le copara, pues debió su salvación á una parte de las fuerzas que estaban en Peschiera y que habían acudido al cañón. Wurmser, pues, pudo retirarse al Tirol con Quosdanowitsch y pasar revista á sus tropas. La campaña le había costado en muertos, heridos y prisioneros 10.000 hombres. Los franceses habían perdido de igual suerte 9.000, pero estos ocupaban el 14 de Agosto las mismas posiciones que al emprenderse la campaña.

Como los primeros contratiempos de los france-



CARNOT

ses fueron muy abultados, el resultado final de la campaña le dió tanto renombre y gloria, á lo que no contribuyó poco la manera de presentar las cosas Bonaparte, de modo, que en París se creía que Wurmser había sido aniquilado, por lo que se le previno que inmediatamente penetrase por el Tirol, pues Moreau iba á ponerse en marcha para Innsbruck, y como pidiera refuerzos, se le enviaron algunos que le repusieron de las pérdidas sufridas en Lonato y Castiglione.

A su vez Wurmser fué reforzado y se le dió orden de marchar nuevamente á Mantua para liberarla, pues Serurier aunque sin artillería, había acudido á su bloqueo, pero Mantua tenía 16.000 hombres de guarnición y víveres para varios meses, de modo que nada apresuraba la campaña por ese lado, mientras que si con la mitad de las fuerzas se cerraba el paso del Tirol á Bonaparte, Wurmser podía con la otra mitad acudir contra Moreau, que es lo que tenía el Directorio y de aquí que se apre-

surase á intimarle una orden severísima de que atacase á Wurmser en el Tirol. Wurmser, pues, hubo de creer que algo grave se temía en Italia, y tal vez hubo de saber que Bonaparte había indicado la posibilidad de marchar contra Viena y si alguien, es decir, si Moreau presentándose á tiempo en Innsbruck le retenía á Wurmser. Conociera ó no este plan Wurmser, hubo de temerlo, y hubo de temerlo el gobierno austriaco, cuando vemos al general en jefe austriaco mandar á Bassano un cuerpo de tropas evidentemente con el objeto de impedir el paso á Trieste de Bonaparte. El 6 de Setiembre principiaba la campaña de otoño; es decir, iba á principiar la campaña para los austriacos, pero los franceses la habían inaugurado tres días antes.

Tras de una serie de combates, todos afortunados, Massena y Bonaparte arrollaban á los enemigos que defendían la entrada del Tirol, y el día 4 ganaba Bonaparte la batalla de Roveredo que le entregaba el valle del Trento, dejando el cuerpo del general

Dawidowitsch que lo defendía reducido á cinco mil hombres de 13.000 que tenía. El resto había caído en poder de los franceses junto con veinticinco cañones. De modo, que cuando Wurmser iba á abrir la campaña saliendo de Trento para Bassano, esta estaba ya perdida, así que, cuando el general en jefe austriaco llegaba á Bassano, Bonaparte ocupaba á Trento en donde tuvo conocimiento de la marcha de Wurmser.

Aquí Bonaparte resolvió lo que no supieron ha-

cer en Alemania, ni Jourdan, ni Moreau, esto es, guardarse las órdenes del Directorio en el bolsillo y correr al encuentro de Wurmser, de modo, que cuando se sacrificaba al ejército de Alemania para que concurriera á facilitar el paso del Tirol á Bonaparte; éste, temiendo que Wurmser no aprovechara su alejamiento para destruir su obra en Italia, marchó contra el general en jefe, dejando solo contra Dawidowitsch á la división Vaubois en Trento.

Volviendo, pues, sobre sus pasos, Augereau que



MERLIN DE DOUAI

iba de retaguardia, volvió á la vanguardia, juntándosele á poco Massena, reuniendo juntos unos veinte mil hombres, es decir, una fuerza igual á la de Wurmser, pero llevándole la ventaja de tener la gente concentrada mientras Wurmser la llevaba á la desfilada en tres columnas.

Como en Castiglione Wurmser al tener noticia de la ocupación de Trento, presintió que iba á ser atacado por Bonaparte, y como en Castiglione lejos de reunir todas sus fuerzas, dejó á Meszaros que continuase su marcha á Montebello, y si bien ordenó á Quosdanowitsch que acudiera á Bassano, le mandó que le dejara la mitad de su gente en Priolamo y Cavallo. Wurmser, pues, iba á recibir de nuevo la visita de Bonaparte ya que acordaba esperarle en Bassano.

Augereau, el día 6 se batía con 9.000 hombres en Levico y rechazaba á los austriacos. El 7 caía sobre Priolamo y aniquilaba los 3.000 hombres de Gavarini, por la noche se juntaba con Massena en Cismone. Al

día siguiente, Augereau,—8 de Setiembre,—atacaba los 2.000 hombres que en Rovertera había puesto Wurmser, y naturalmente, se los llevaba por delante mientras Massena atacaba á Bayalitch que con 15.000 hombres estaba una legua más á abajo de Bassano, á la izquierda del Brenta. Generalizado el ataque, el terror pánico se apoderó de los que estaban en Bassano y todo el mundo echó á correr, ganando los franceses en este día treinta y cinco cañones, dos trenes de puentes, doscientos carruajes, siete banderas y tres mil prisioneros. Wurmser y Sebottendorf se escaparon á duras penas. Sin embargo, Wurmser se impuso y á fuerza de actividad y de energía llegó á Legnano el 9 por la noche, pasando inmediatamente el Adige. El 10 Massena lo pasaba igualmente en Ronco y revolvía rápidamente al Sud para coger la columna de Wurmser de flanco, mientras que Sahuquet marchaba de frente á su encuentro. Pero los austriacos como si quisieran volver por su honra, rechazaron todos los ataques de los



dos generales franceses, y después de tres días de combate llegaban por fin á ponerse bajo la protección de los cañones de Mantua.

Wurmser no quería encerrar sus tropas dentro de Mantua, pues temía por su salud de la aglomeración de tanta gente, y al efecto, dejó entre la ciudadela y fuerte de San Giorgio la mitad de sus tropas, pero en aquellas posiciones fué á atacarle Bonaparte obligándole á encerrarlas después de hacerle perder 25.000 hombres,—15 de Setiembre.

Este resultado llevaba la gloria de Bonaparte á su colmo. Había destruído á Wurmser, le había tomado cien cañones y, por último, le tenía encerrado dentro de Mantua con más de 20.000 hombres que bloqueaban solos 9.000, número suficiente dado la naturaleza pantanosa de los alrededores de la plaza, por los pocos y angostos pasos que dejaban.

Los restos del ejército de Wurmser, apoyados en los Alpes, eran impotentes para acudir al socorro de Wurmser quién, ya desde el 2 de Octubre, no podía dar á sus soldados más que carne de caballo.

Dicho se está que en Austria se hizo un supremo esfuerzo para acudir en socorro de su bravo general y de la plaza de Mantua, el último baluarte de su dominación en Austria, así se sacaron soldados y reclutas de todas partes, 20.000 de Cracovia, y se les puso en marcha para Italia á las órdenes del general de artillería Allwintzy, y en su consecuencia, Quosdanowitsch reunió en el Friul con los restos de los vencidos en Bassano, fuerzas suficientes que elevaron su cupo á 28.000 hombres. En el Tirol, Dawidowitsch aumentó sus tropas también de trece mil á 18.000 hombres. Contra esos 36.000 hombres y los 22.000 que tenía Wurmser en Mantua, Bonaparte no podía oponer más que 32.000 sin contar el cuerpo que asediaba á Mantua. Los austriacos, pues, tenían de nuevo la superioridad numérica. El plan de campaña esta vez era de los más sencillos; marchar en línea recta á Mantua, y libertarla por tercera vez junto con su general en jefe.

El 2 de Noviembre se abrieron las hostilidades en el Tirol. Vaubois, atacado, fué rechazado con pérdidas considerables. Bonaparte, consternado, mandó á sostenerle al bravo Massena, pero Dawidowitsch no prosiguió su avance para enterarse de lo que hacía Allwintzy y el ejército del Friul.

Allwintzy pasó el Piave el 1.º de Noviembre y se dirigió por Brenta y Bassano. Massena se fué replegando, pero á su avance Bonaparte le mandó á Augereau y unidos le atacaron; sin embargo, sus esfuerzos, aunque no gloriosos, fueron útiles. Bonaparte viendo que la victoria no se había decidido

esta vez de golpe en favor suyo, concentróse en Verona con toda su gente para hacer frente á las necesidades del Tirol. Massena había perdido mil doscientos hombres entre muertos y heridos, y aunque el austriaco había tenido 1.600 bajas el equilibrio no se restablecía.

El príncipe de Hohenzollern, equivocándose sobre lo que significaba aquella retirada, se presentó orgulloso, el 10, delante de Verona de acuerdo con Allwintzy, pero Bonaparte le dió una severa lección,—10 de Noviembre,—y el austriaco se fué á todo correr á tomar posiciones en Caldiero en medio de la montaña en donde fué á reforzarle la brigada Stecker. En aquella fortísima posición fué, sin embargo, atacado, y se batió hasta media noche siendo una y otra vez reforzado, viéndose, por fin, obligados los franceses á ceder con la pérdida de tres mil hombres. Los austriacos habían perdido solo 1.200.

Bonaparte comprendió de nuevo que era necesario jugar la campaña á una sola carta, y se reforzó con 3.000 hombres de Vaubois, á quien dejaba reducido á 6.000 en Rívoli para contener á su vencedor, á Dawidowitsch, y con 4.000 hombres de los de Serurier á quien dejaba que sostuviera el bloqueo y contuviera á los 13.000 hombres de Wurmser con solos 5.000, contando, naturalmente, que los jefes enemigos no estaban dispuestos á moverse hasta que Allwintzy les tendiera la mano. En su consecuencia dejó al valiente Kilmaine con los dichos 5.000 hombres en Verona y él con poco más de 20.000 se lanzó sobre el flanco y espaldas de Allwintzy poniéndose en movimiento el día 19 de Noviembre por la tarde.

Allwintzy estaba acampado cerca de Caldiero y tenía su parque de artillería y sus provisiones en San Bonifacio. Contra Caldiero mandó Bonaparte á Massena, y á sorprender á San Bonifacio lanzó al intrépido Augereau. Augereau topó con los grandes guardias de Allwintzy y las fué empujando hacia Arcole. Pero aquí Augereau se vió detenido. Su estrecho puente defendido por dos cañones y por las tropas del coronel Brígido, que tan mal había defendido el Adige, no le permitieron dar un paso. Los generales, Bon, Lannes y Verne se hicieron herir para forzar el paso del río. Augereau llegó á clavar por sí mismo una bandera en medio del puente, saliendo por milagro ileso, pero el puente no fué forzado. Bonaparte, enterado de lo que pasaba, marchó corriendo á Arcole, no sin ordenar á la brigada Guyeux que pasase el río Alphone más abajo de Arcole y que atacase ese pueblo de flanco. Pero esto era largo y de un momento á otro podían lle-

gar tristes noticias de Rívoli ó de Verona. Así dominado por la impaciencia, quiso hacer lo que Augereau, se lanzó acompañado de su Estado mayor, enarbolando una bandera por el fatal puente en donde fué destrozado completamente, siendo arrancado de aquel sitio de muerte por Luis Bonaparte y por Marmont, quienes arrollados por los austriacos fueron arrojados á los pantanos de aquellas inmediaciones, teniendo mucho que hacer para sacarle de aquel atolladero pues estaban los austriacos á cincuenta pasos. Augereau y Massena tuvieron que retirarse. Pero nadie se acordó de Guyeux, quien, cumpliendo sus instrucciones, se presentaba á las siete de la noche delante de Arcole y mientras él con una parte de sus tropas era rechazado y perseguido, la otra parte se apoderaba del pueblo, pero sabiendo lo ocurrido lo abandonaron á altas horas de la noche, reocupándole los austriacos el 16 por la mañana.

Bonaparte, convencido de que le era imposible retroceder, estaba en Ronco resuelto á ordenar un nuevo ataque de Arcole, cuando fué á su vez atacado por Allwintzy el día siguiente, en condiciones análogas á las que tuvieron que sufrir sus tropas. Bonaparte consiguió aquí á su vez un triunfo, y persiguiendo al enemigo, le acosó hasta Arcole en donde de nuevo fueron detenidos los franceses con grandes pérdidas.

Una tercera batalla era, pues, inminente para el día 18, y en su consecuencia, Allwintzy mandó á Hohenzollern que se le uniese para que le sirviera de reserva contra Massena. Kilmaine, por su parte, mandó la mitad de su gente.

En efecto, al día siguiente se repitió el ataque y se atacó á Arcole por la derecha y la izquierda del Alpone. Toda la mañana estuvieron contenidos los franceses por la resistencia austriaca, pero á las tres de la tarde dispuso Bonaparte un avance general y decisivo, y por fin los austriacos cedieron abandonando el famoso pueblo que les había costado seis mil doscientos hombres y 4.500 á los franceses. Dueño de Arcole Bonaparte continuó avanzando y batiéndose en medio de la noche para llegar á San Bonifacio, cuyo punto corrió á defender Allwintzy en persona, pero sus tropas no tuvieron bastante serenidad, se introdujo la confusión y el desorden en las filas, desbandándose unos, otros dejándose prender sin resistencia, escapando, en fin, los que podían y sabían dónde, á Montebello.

Bonaparte, lejos de perseguir ahora á Allwintzy, lanzó á Augereau primero y luégo á Massena contra Davidowitsch que el día 17 había batido á Vau-

bois, en Rívoli, causándole una pérdida de mil ochocientos hombres, logrando, en efecto, derrotarle y arrojarle el 21 al Tirol después de hacerle perder dos mil hombres. Los austriacos habían sido, por fin, rechazados, y Mantua y Wurmser continuaban bloqueados, pero si Allwintzy no podía atacar, Bonaparte tampoco podía hacerlo; sus mejores generales estaban heridos, y sus soldados llenaban los hospitales. Así, aún cuando urgía socorrer á Wurmser ó reducirle, ni de una ni de otra parte se estaba en disposición de dar un golpe decisivo. La campaña, pues, de 1796 había terminado.

Cuatro años hacía que la guerra de la Revolución duraba, y en estos cuatro años los soldados y los generales improvisados de la república habían arrancado á los veteranos del Gran Federico, á los terribles imperiales y á los austriacos, la Bélgica y la Holanda, la orilla izquierda del Rhin y la Lombardía. El rey de Cerdeña había hecho su sumisión, el de Nápoles pedía la paz, el Papa y el duque de Toscana la pedían también, y el rey de España se había ya casi convertido de enemigo en aliado.

Todo esto había hecho un ejército mal organizado y peor vestido y alimentado, gracias á su entusiasmo por la libertad y la república, que consideraban como una cosa sagrada y superior á todos los intereses de los partidos, que durante esos mismos cuatro años se habían destrozado de una manera implacable.

Quieren unos que esta virtud militar desconocida, fuera el resultado del régimen terrorista aplicado al ejército. Ciertamente que el Terror enseñó de una manera ruda la disciplina lo mismo á los generales que á los soldados, pero no podemos atribuirle tanta gloria, tanta virtud, cuando vemos precisamente ese mismo sistema producir en el interior resultados contrarios. Nosotros creemos que todo ello fué obra de las virtudes de los innominados, que cubrieron con sus cuerpos los campos de batalla de Francia, España, Bélgica, Alemania é Italia. No se olvide que era un ejército voluntario el que se batía por todos lados, y que cuando un pueblo hace un llamamiento enérgico á todas sus iniciativas y á todas sus energías, los que acuden á ponerse bajo las banderas de la patria son, por regla general, los que mejor sienten el cumplimiento de sus deberes. Los mismos que se alistaban creyendo que van á llevar con su mochila hasta ponérsela la faja de general, no son como esos ambiciosos de la política, que esperan escalar los más altos puestos enredándolo todo, y traicionándolo todo, que el hombre que sabe que cien veces tendrá que desafiar la muerte